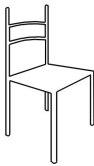
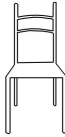


JUAN CARLOS MESTRE



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

JUAN CARLOS MESTRE

AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

Organiza:
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES EXTREMEÑOS

Patrocina:
JUNTA DE EXTREMADURA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Colaboran:
I.E.S. ARROYO HARNINA
I.E.S. CAROLINA CORONADO
I.E.S. SANTIAGO APOSTOL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALMENDRALEJO

Diseño:
MARÍA CARBAJAL MASSÓ

Imprime:
FÉLIX RODRÍGUEZ S.L.

Dirección:
LUCAS GUTIÉRREZ DE LAS HERAS
ÁNGEL TRIGUEROS MUÑOZ

aulacarolinacoronado.wordpress.com

EDICIÓN NO VENAL

El programa de Aulas Literarias de la AEEX obtuvo en 2007
uno de los Premios al Fomento de la Lectura
concedidos por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

LEEER PARA...

...que salga el sol en mitad de la noche y las estrellas fugaces crucen la plaza roja del corazón anunciando el fin de la muerte; para volar hasta los nidos más altos de la imaginación y dar volteretas como los árboles por las primaveras del sueño. Leer para abrir una ventana en el desierto y oír el canto de las rosas marinas y la oración de los ruiseñores de la conciencia; para que el dios de las pequeñas cosas tiña de azul las minas de carbón y haya calor en las casas pobres del sufrimiento. Leer para mantener inmaculada y pura la sonrisa de todos los que han desaparecido; para que llegue un taxista y lleve a cada uno donde su voluntad quiera ir. Leer con la razón de todos cuanto sin ninguna razón han sido humillados, que cada línea desate una sogá, ponga una cometa en las manos de los presidiarios, una linterna en la frente de los extraviados en la tormenta que caminan sin saber dónde ir. Leer para que un apasionado amor entre en la alcoba de los solitarios; para que la belleza, la verdad, la justicia, sean el primer derecho civil de todos los seres a la felicidad. Leer para desobedecer las huellas del mal y acercarse, como se acercan de puntillas los astros, esas palabras inocentes del porvenir, a los párpados mágicos del astrónomo. Leer para que se cumpla la profecía del aire de las promesas y no dejar de ser nunca ciudadanos libres

Juan Carlos Mestre

La visita de Safo
(1983)

TRES POEMAS PARA PIER PAOLO PASOLINI

Sólo porque estás muerto he podido hablarte como a un hombre, de otra manera tus leyes me lo hubieran impedido.

P. P. Pasolini

I

Hubiera querido góndolas y uvas en tu frente, blanca túnica de vichí

para tu cuerpo de arbusto, vomitel, árbol enorme donde tallen timbales, panderetas, músicas al tacto valiente de tu risa, tarambas, oboes y luces en la noche que te cuida, fósil de ámbar, rejalgar, cristal indefinido que gobierna adolescentes. Pero ya el humo que resolvió a los príncipes es témpano dulcísimo, véspero en la tarde de los Médicis, cascabel y sedas en tu luz definitiva, vértigo ahora cuando un arpa inicia fuentes de bálsamo en la memoria, incienso en tu cenotafio de orégano y ciruelas, harina en el hojaldre sin fin, honrado jinete tan suave en el galope y hasta relincho fucsia del centauro que quiso Botticelli para llevarte a hombros a la soledad del ibis, madre comunal y sagrada que devoró el jaguar, cinta en el pelo, miel de palma y almendras en el licor de los festejos.

II

Voy a nombrarte como sol que duda entre el jazmín o la libélula,

apenas aurora y ya friso de acanto que te oculta, breve fue el amor o la alimaña y ya están los evangelios anunciando fresas en tus labios, liebres, sacristanes, adobes y pulpa de manzana;

quiero esta extensa geografía reducida a brote simple de cerezo y en tu oreja cultivar infiel e íntima la vida, el deseo, el goce carnal de un cielo que devore tu muerte y te devuelva intacto

al ágora y al puente, al tren, al mingitorio, a las campanas y a la
luna.

Que ya vienen las mariquitas de Roma tocando la marimba y
las estatuas
y la hojarasca y las navajas no son, Dante y el cisne de Veronés,
y Venecia no se hunde por ti y no se hace inalcanzable el
vértice,
porque ya estamos todos sin vergüenza en el pubis de Safo,
yuruma,
jarabe de maíz, sustancia, hucha y alhelí, caimán y novia.

III

Y es preciso detener la resignación que como mañana blanca de
domingo
azuza al cárabo, devolver la alegría al alcahuete, el miedo al
juez, fingir
hasta el éxodo, adornar con azucena cada culpa, convidar a
matrimonio,
volverse cadmio, baya, ser prodigio, retallecer, rugir y hasta
ocultar
con velo lo jovial, ingerir jarabes que te vuelvan grillo y
regreses
en el canto, araña, saurio, gelatina, nivel del mar que lo inunde
todo.
Porque no me acostumbro, prometido, a revejecer, a regirte en
el recuerdo,
a reservarte el mármol como si cónsul hubieras sido, tú, hereje
mayor, joya
que adorno el pulgar, hierba que embosqueció la era, nunca
harija, trigo,
rayo que destrona, hiere, apila y excarcela. Te quiero ya
tambor, voz atonal,
adormidera, flauta, tubo de viento. Levanta tu cabeza, cáliz de
pan, ven nómada,
regresa, hágase la justicia y alegrémonos: Ecce homo.

PARMÉNIDES

La verdad es una diosa que enseña el camino a los errantes.
Si debe ser necesaria la luz antes ha de no ser la noche.
El olvido es la presencia aparente de lo que aún existe.
La diosa habita el círculo de la benevolencia, es piadosa.
Lo femenino es la rueda de un carro, lo masculino la otra.
Yo soy dos semejanzas paralelas de amor, dos infinitos.
No sé si las yeguas piensan o padecen, dudo entonces.
¿Es más justo el que nace o el que no pudo ser?
Cuando me muera regresaré al todo de la nada. Estoy contento.

HERÁCLITO

Mi padre dijo: Hoy es el día del fuego
en cuya destrucción todo es diferente.
Ancho era el mar y yo quería buscarme a mí mismo,
rodeé su cuello con dulzura, sus extinguidos brazos,
aquellos que tensaban el arco y en la luz del día
caricia exacta de más y más amor hacían.
También el humo hace toser a los dioses,
por eso padre mi alma está llena de fuego.
Yo le decía, pero su sueño era hallar la orilla,
averiguar el inicio de la costa, botar naves.
No se da cuenta que el agua quemó ayer todas las playas.

Antífona del otoño en el Valle del Bierzo
(1986)

EL OTOÑO

Lloro ángel mío como un caballo joven que huye de su sombra, lloro bajo el palio púrpura de la núbil inocencia, también por los sueños que no tuve y que ya nunca sabré, porque todo se ha envanecido y me cavila y lo divulgo, lloro sobre esta época y su dulcedumbre pero tú no me escuchas, pero tú me habrás olvidado unvida por lo dócil y el efímero esmero de las giganteas fragantes.

El que llora, el arrobado de juglaría y el que canta para ti epinicios de oro, es que pláceme cumplirte y sonar el cálamo y obedecerte fiebre mía, luz poderosa de un río vocal donde acude mi corazón como balando.

Malva es entre las tumbas, hierba de los campos de Arganza el que aquí ha llorado buido por las lágrimas y es celoso con la tierra que pisa, el rozado por la desventura y el invadido por el relámpago y aquel que bajo un panamá de nieve se amarillea y despierto en medio del día se aleja de ti y ya es difunto porque no ha de morirse aunque aletee, aunque recorra el mundo empapado por tu ceniza y goce y no te prefiera.

Lloro por el resplandor y los geómetras y por los astros que caen de mis ojos como semillas o yámbicos y lo que dicta el azogue.

Cúmplase que he vuelto, aquel que acude a su videncia porque escrito está, porque en lo aullado da su inicio la fragancia.

BERGIDUM

Cierva de oro,
junto a qué ciegas columnas generosas
os ha mirado la desolación triste del tiempo,
qué otra eternidad bajo la tierra os ha rozado
luz de la nieve,
agua o hierba conocerán tus ojos
si desde el abismo hacia lo alto una noche brillaran
y confundidos por la luz entrara en ellos
la fiebre o el gusano del otoño.
Sobre el ara de un dios hundidos en el barro
hemos ofrecido el corazón a los sarmientos,
oh roja intemperie, ebriedad en llamas,
quién derramará la roja lengua del vino sobre el mármol,
piedra antigua que labra lentamente el desconsuelo.
Aquí, en algún instante de este largo dolor
las muchachas que dormían bajo las estrellas
fueron lastimadas por el hermoso hielo de la muerte.
Yo no sé qué rosas de acero crecen bajo el rayo de la noche,
yo no sé qué posesión ni qué caballos,
esta ruina es generosa como el suave copo de las blancas ovejas,
esta ruina y su órbita y los ojos abiertos de la nieve.
Este es el árbol,
el tallo de marfil de mis antepasados,
la dignidad que silba desde el cielo.

ANTEPASADOS

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,
al hambre le llamaron muralla del hambre,
a la pobreza le pusieron el nombre de todo lo que no es
extraño a la pobreza.

Poco es lo que puede hacer un hombre con el pensamiento del
hambre,
apenas dibujar un pez en el polvo de los caminos,
apenas atravesar el mar en una cruz de palo.

Mis antepasados cruzaron el mar sobre una cruz de palo,
pero no pidieron audiencia,
así que vagaron por los legajos
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las
aldeas.

Y llegaron a los arenales,
en los arenales la tierra es brillante como escamas de pez,
la vida en los arenales sólo tiene largos días de lluvia y luego
largos días de viento.

Poco es lo que puede hacer un hombre que solo ha tenido en la
vida estas cosas,
apenas quedarse dormido recostado en el pensamiento del
hambre
mientras oye la conversación de los gorriones en el granero,
apenas sembrar leña de flor en la sábana de los huertos,
andar descalzo sobre la tierra brillante
y no enterrar en ella a sus hijos.

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,
atravesaron el mar sobre una cruz de palo.

Entonces pusieron nombre al hambre para que el amo del
hambre
se llamara dueño de la casa del hambre
y vagaron por los caminos
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las
aldeas.

Poco es lo que puede hacer un hombre con las migas de la
piedad,
comer pan mojado los días de lluvia a los que luego seguirán
largos días de viento
y hablar de la necesidad,
hablar de la necesidad como se habla en las aldeas
de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuidado
en un pañuelo.

La poesía ha caído en desgracia
(1992)

ELOGIO DE LA PALABRA

Esta palabra no ha sido pronunciada contra los dioses, esta palabra y la sombra de esta palabra han sido pronunciadas ante el vacío, para una multitud que no existe.

Cuando la muerte acabe, la raíz de esta palabra y la hoja de esta palabra arderán en un bosque que otro fuego consume.

Lo que fue amado como cuerpo, lo escrito en la docilidad del árbol único, será consolución en un paisaje lejano.

Como la inmóvil mirada del pájaro ante la ballesta, así la palabra y la sombra de esa palabra aguardan su permanencia más allá de la revelación de la muerte.

Sólo el aire, únicamente lo que del aire al aire mismo transmitimos como testamento de lo nombrado, permanecerá de nosotros.

La luz, la materia de esta palabra y el ruido de la sombra de esta palabra.

EL ARCA DE LOS DONES

Mi alma es esa casa de madera que arrastra el vendaval.

A veces en la noche yo siento acercarse a un huésped invisible
y oigo girar su llave y escucho avanzar sus pasos.

Entonces la poesía, cada pluma arrancada a las alas de un ángel,
es la semejanza de una casa en el aire, el portal
luminoso, las ventanas abiertas, el que empuja la puerta
y el que entra seguro y se acerca hasta el arca y reparte
los dones.

Doy al amanecer, cuando la sangre de los delfines se derrama
lentamente sobre el serrín de las cervecerías, un
cuchillo blanco.

Al que bajo el hielo negro de la noche caminó conmigo y
sufrió conmigo la dócil alianza del fracaso, dejo la
herida.

A la columna de silencio de esa muchacha que rozada por el
tacto de la obediencia guarda en su pensamiento la
perfección de la muerte, una copa de viento y de raíces.

Al río de mi infancia donde bebió Demócrito de Siracusa la
niebla del espíritu, la claridad que ya no tendrán mis
ojos.

A la ciudad que cercada por la elipse del envejecimiento enterró
su memoria junto a las norias de la desposesión, una
tumba vacía.

Al muchacho judío que ante un espejo empañado contempla el
rubi de su alma atravesado por la espina de la
crucifixión, una caja de música.

A la sombra de mi padre contemplando la luna, una cabaña en
el bosque.

Al que en los atrios de la conformidad padeció la pobreza mas
no será nombrado en las tablas de la justicia, la balanza
con los alimentos.

A la orilla del mar, un caballo con cabeza de tortuga romana.

A la mujer que me amó con la fidelidad del astrónomo, dejo el
resplandor, el halo de una estrella cuyo astro no existe.

Al ibis, la analogía de las agujas.

Para el que estrechamente vigilado por la locura hizo vibrar el
ángulo recto de las constelaciones, el acordeón y las
palomas verdes de la plaza.

Para ti, amor mío, el río eterno de los dioses y sus gatos
sagrados.

Al insobornable enemigo cuya víctima fue feliz como un imán
vertiginoso ante los filamentos de la melancolía, una
silla de enea.

A la muerte, una puerta abierta.

Al ajusticiado en el abismo de su propia escritura que sólo tuvo
oídos para el ángel y amó la semejanza y la inutilidad
de las cosas, una jaula con peces de madera.

Al otoño, la lejana memoria de las ballenas del cabo.

A la sabiduría de los profetas, un candil de silencio.
A la lápida de Leonardo Mestre, los sueños que no tuvo
y que ya nunca sabrá.

Al que con su linterna de fósforo ayudó a resistir y guió la
navegación de los torturados, el faro de la utopía.

A la dulce mujer que se acercó a mi sombra como madre, el
azul de mayo y el zumbido de las abejas en la
primavera.

Al jardín de los monasterios, la alondra del alba y la rosa
cortada del rabino.

Al tetrarca y al que está detrás de su lengua como un tábano, la
urna rota del centauro ante la que un lacayo da voces.

A la tristeza que iba cruzando el puente aquella tarde de
invierno, un revólver cerrado por un nudo.

Para el leñador que derribó el gran ciprés de los hermeneutas,
el meteoro silvestre de las ciervas ingravidas.

A la estatua de Francesco Orsini duque de Bomarzo, el vértigo
transparente de la materia que huye.

A los versos que no escribí, un collar de frutos y semillas.

A la grieta del eremita, la pantera del anochecer.

A la memoria, la lluvia, el lirio de las estaciones abandonadas
por las que pasa el ferrocarril sin detenerse.

A los amantes que descifran su desnudez en la oscuridad, un hilo de saliva.

A la pirámide del conocimiento, la amatista mojada del escarabajo y los élitros celestes del jeroglífico.

A La Habana de mis antepasados allá por mil novecientos veinte, la nieve.

Para Rousseau el Aduanero, los ágiles antílopes que cruzan el agua encarnada de los sueños.

Dad este libro a los animales, al búho y al alce, al armadillo y al erizo silvestre.

Arrancadle una a una sus páginas y dádselas a los animales. Dadle al hurón la oscuridad de la palabra búfalo y al búfalo la inmaculada pradera del billar de los bares.

Y de entre todos los dones y de entre todos los sueños, dadle a mi corazón una casa en el aire.

La tumba de Keats
(1999)

Esto sucede ante la hora izquierda en que mi vida,
violenta juventud contra el poder de un príncipe,
llama jauría a la verdad y belleza a los puentes derrumbados.
Llama flor del frío a la tumba de los náufragos,
astrolabio muerto a la nieve de los locos.
Hornea un talco negro el hambre de la muerte,
la edad de los sentidos, el obstinado aliento
de la cansada luz de octubre en el baúl de abejas.
Brotó sobre esta duna blanca la vehemente hierba de las islas,
la implacable hormiga en el blando bulbo de la boca helada.
Con guantes de forense sale la noche verde de su estuche
y la tempestad retumba por el otoño roto de las ánforas.
Tiene aquí mi corazón la edad del mundo,
el pez de piedra bajo el que los recién nacidos duermen.
Sufre el impaciente un reloj de sol bajo los párpados,
la aguja inmóvil como retina fría de los caballos muertos.
Mi vida es el temblor del consternado y el indigente ciego,
la constelación del triste en un festín de víctimas.
No conozco otra conciencia que la oscuridad translúcida,
la sábana de vidrio sobre la que la infernal razón se acuesta.
Vivo separado del rumbo de las cosas, hablo el miedo
de un heredero alzado contra el funesto monarca de las
 ciénagas.
No espero nada de los dioses, nada de la memorable epidemia
 de sus jueces.
Soy distinto ante el esclavo y el enano, soy el mismo suplicante
 y el eunuco.
Soy el transeúnte de la atmósfera, el anhelante oscuro del
 relámpago.
Oigo voces, oigo al temeroso y al anciano, sé que un caballo es
 un momento.
Oigo pasos, oigo el lastimoso trueno que al perenne huérfano
 perturba.
Tengo por amigo al penitente mar y al anticuado otoño,

amo la imperturbable soledad del hombre y la confianza de
los pájaros.

Llamo inalcanzable a la distancia que hay entre dos cuerpos,
alternativamente invado el país del fracaso y el suelo natal de la
victoria.

Fui adolescente y me envenené con lumbre, fui déspota
incansable

contra la vanidad que hastía la fiesta de los cuerpos.

No he llegado más lejos de mí mismo que una moneda del
avaro está de otra,

considero estéril el invierno, considero el azul imprescindible.

Me ocupo con horror de los esfuerzos que hace cada día el sol
por elogiar la tierra,

siento simpatía por el primitivo lúcido y por el débil infeliz
metódico.

Prefiero la melancolía del cobarde a la furia invencible de los
héroes,

prefiero el desamparo de los campos a la rígida ambición de los
sepulcros.

Dios está cansado de escucharnos, están cansados los hombres y
los perros,

la nostalgia es una canoa a la deriva por el río blanco de la
muerte.

Queda el infeliz bajo la luz sin daño,
queda la bondad junto a la inconsciente belleza de los débiles,
esparcidos en la mesa quedan los retratos de familia, quedan los
balnearios solitarios,
quedan los delfines muertos en las playas, el viento vuelca los
jarrones en las lápidas,
queda noviembre solo, nadie recibe cartas, nadie llamará ya
nunca por teléfono,
el loco abre la ventana, salta, el solitario abre la nevera, come,
los ancianos se congregan en los parques, los arquitectos
proyectan otros barrios,
la muerte anda viva entre nosotros, los trenes parten a su hora,
el policía se recorta los bigotes, el juez hipoteca otra vivienda,
las corbatas se aprietan a los cuellos, se enroscan en su nido las
culebras,
el cónsul envía un memorandum, el delator exige recompensa,
los periódicos publican desmentidos, el granjero poda los
manzanos,
el poeta escribe su haikú, el muchacho se pinta las pestañas,
el notario recurre al cura, padre mi mujer me engaña,
los días se suceden invariables, ayer es un barranco helado,
la juventud termina, ahora resistir es ser mortales.

He pasado la tarde junto a la tumba de Keats,
me he apostado ante la guarida donde la divinidad no es un ser
poderoso,
no he descendido a ningún otro infierno que no fuese mi vida.
He llamado día amarillo al día semejante a un íntimo color
amarillo,
día imperfecto al día en que he sufrido menos que cualquier
hombre.
Alguna vez he dicho: usted es alguien que provoca en mí una
súbita emoción,
y ellos han detenido su paso y hemos tenido que compartir
luego la ausencia de separarnos,
pero aun así he convivido bajo el mismo techo con la jibia de
los menesterosos
y la triste benevolencia que le brota a los cuerpos tras el
lenguaje de lo cotidiano,
lo que da cuenta de uno sin ser más que la sombra de otro,
esa vida, ese aire que respira el préstamo de las palabras con que
se describe la fatiga en una cuerda de presos, el
dolor de la coincidencia de dos hermanos en el mismo pabellón
de enfermos, el favor del fuerte ante el
abatimiento, la emoción del aliviado.
Dichas de este modo las tres palabras que mi padre ha puesto
sobre la mesa no deberían ser repartidas entre los
hermanos, sino destinadas a permanecer como bobinas de hilo
entre las cosas inútiles, la hebra que
sostiene el peso de la memoria, el traje de franela del difunto, la
carta que nunca fue abierta,
dichas de este modo las palabras tienden a desaparecer como
desaparece el vendaje blanco de las cumbres en la
primavera incipiente.

Poemas inéditos

ASAMBLEA

Queridos compañeros carpinteros y ebanistas,
yo les traigo el saludo solidario de los metafísicos.
También para nosotros la situación se ha hecho insostenible,
los afiliados se niegan a seguir pagando cuotas.
A partir de este momento la lírica no existe,
con el permiso de ustedes la poesía
ha decidido dar por terminadas sus funciones este invierno.
No lo tomen a mal,
pero aún quisiéramos pedirles una cosa,
mis viejos camaradas amigos de los árboles
acuérdense de nosotros cuando canten *La Internacional*.

LIBÉLULA

Yo tenía una libélula en el corazón como otros tienen una
patria
a la que adulan con la semilla de los ojos. Verdaderamente
las especies de la verdad son cosas difíciles de creer,
extraños seres petrificados en la ternura como benignos
nódulos
en la perfección de los huesos. En aquel tiempo
yo tenía el sueño de una libélula entre los juncos del corazón.
Cansadas como paraguas cerrados recogía las maderas auditivas
de un mar inexistente y con ellas construía algo parecido a una
casa.
En aquellos días algo parecido a una casa eran las
conversaciones,
palabras relacionadas con la pestaña premonitoria, gatos en los
cerezos.
Yo desconocía los vínculos y toda oscuridad era para mí un
obsequio,
un rumor de la eternidad que se prestaba como cuerpo desnudo
a mi mano.
No era la boca del amor la que respiraba ese óxido, sino la
imaginación
del amor como un sastre con pantalones verdes el día de la
felicidad.
Verdaderamente las especies de la verdad son cosas difíciles de
creer,
la ilusión del hombre es una luz que llega desde lo desconocido
mas no es él el dueño de esa invención sino el ruido de un
rumor prestado,
la cámara del que guarda su placer en ella.
Yo tenía la costura de una libélula en el corazón
pero las hojas cerebrales hacían crecer mis manos hacia dentro
en busca de una palanca con la que desalojar la piedra del
miedo.

Sin esfuerzo comencé a llorar al revés, a confundir los sentidos
que guían la gota gramática hacia una lengua extranjera.
Antes que me tomaran por un extraño ya que yo no era el
dueño de esa invención
me alejé del optimismo de ser entendido por más de dos
y comencé a oír mis propias palabras como martillazos
retumbando en un espacio vacío.
Era como si el tiempo hubiera dejado de durar,
era como si todas las obras imaginadas por un ciego se
derritiesen al tacto,
como si la langosta hubiera descendido sobre los campos del
espíritu.
Yo solo tenía una libélula en el corazón como otros son
hermanos del vértigo
y llevan la aorta de las constelaciones acogida en sus sienes.
Está bien, las especies de la verdad son cosas difíciles de creer,
es probable que la invisibilidad y estos hechos
solo guarden relación con una libélula.

LOS REFUGIADOS

Como si nadie oyese en la cripta del corazón las espinas del pájaro de la barbarie, nadie es nadie. Nadie el senador de los tirantes elásticos. Usted es nadie, sombrero de las recepciones, y vos pamelita de la medusa, vuesa merced con esquivos ojos de alguna clase en trato de plata. Nadie en la multiplicación son hoy los felices, y nadie el giróvago antílope que danza en los subterráneos. Yo soy nadie. Tú, la vocalista en la boca moderna de nadie, poesía, oca viuda de los quitasoles, linterna de los espías tras la limusina de los ataúdes.

A qué viene eso de la mancha de los espíritus, a cuento de qué decir ahora que tras esta compuerta aúllan en las bandejas los ojos del refugiado. Dicho así el placer y la copa de hielo son corrupción en los recintos de música, fechas en la memoria de la fatalidad.

Algún día lo que ahora escribo será inteligible. Algún día, en el perímetro de las cosas sabidas, la época de los sufrimientos que hicieron visible el mercado de las heridas, será entendida como edad de una sábana rota, órbita de nuestra desnudez recubierta de insectos como lengua de gran pez moribundo.

Cuando nadie sea ya nadie en la dentadura fósil del universo, y nadie, es decir, nosotros, los rumiantes en el dolor de los sobrevivientes hayamos arrancado de raíz la palabra destino para referirnos a la compasión, hayamos enterrado los cargamentos de misericordia y las heces de hiena, hayamos aceptado la infamia como conducta de época. Cuando nadie sea ya nadie y no haya huellas de nadie ni frutos de nadie en los mercados del pensamiento, esto se olvidará, esto también ha de ser olvidado por el micrófono aéreo de lo que anda en el cosmos, y la podredumbre de nuestro silencio y la bisutería de los diplomáticos alrededor de las fosas comunes.

Nadie es nadie, escritura de las elocuentes cifras que suman dolor al oprobio, cinta azul de los legajos de la minuciosidad. Nadie es nadie bajo la lente de los archiveros. Nadie con su

puñado de tierra, el oferente y el lúcido, el préstamo de jerarca invisible en nosotros, huyendo en el taxi de la conciencia de las columnas de humo.

Para qué sirves entonces poesía de las hojas incendiadas por las pavesas de la justicia, vieja poesía de los herbolarios, mostaza de los cónsules que predicaron el amanecer. Hacia dónde, hacia quién, venerable Withman, junto al apacible río de los pensamientos sagrados sumerge la mujer su criatura en el agua antes de la incineración.

Como si nadie oyese las espinas del pájaro de la barbarie, parece ser que aquí nadie es nadie. Nadie el silencio y su caldero de cal sobre los desaparecidos. Codicia, eso dice aquí la palabra codicia.

Juan Carlos Mestre, poeta y artista visual, nació en Villafranca del Bierzo (León) en 1957. Cursó estudios de Ciencias de la Información en Barcelona.

En 1982 publicó su primer libro, *Siete poemas escritos junto a la lluvia*, al que seguirán, *La visita de Safo* (1983) y *Antífona del otoño en el Valle del Bierzo* ("Premio Adonáis", 1985). Vivió algunos años en Chile, donde publicó *Las páginas del fuego* en 1987. De vuelta a España, publica *El arca de los dones* (1992), *Los cuadernos del paraíso* (1992), *La poesía ha caído en desgracia*, "Premio Jaime Gil de Biedma" en 1992 y *La mujer abstracta* (1996). Fue becario de la Academia de España en Roma, donde escribió *La tumba de Keats*, "Premio Jaén de Poesía", en 1999.

Ha realizado las antologías sobre la obra poética de Rafael Pérez Estrada y Rosamel del Valle y la edición comentada de la novela de Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Bemibre* (2004); también, es autor de *El universo está en la noche* (2006), libro sobre la tradición oral de los indígenas mesoamericanos

Como artista visual ha realizado exposiciones individuales de su obra plástica en España, Europa, América Latina y EE.U. y editado numerosos libros de artista en colaboración con otros creadores, músicos y poetas como *Piedra de Alma*, *Crónica de amor de una muchacha albina*, *Emboscados*, *Bestiario apócrifo*, (2000), *Enea y los gatos*, con Javier Fernández de Molina (2002), *El Adepto*, (2005), *Arde la oscuridad*, (2007) y *Los sepulcros de Cronos* (2007).y el *Cuaderno de Roma* (2005), versión gráfica de *La tumba de Keats*. En 1992 se le concede una Mención de Honor en el Premio Nacional de Grabado de la Calcografía Nacional y otra en la VII Bienal Internacional de Grabado de Orense en el 2002.

Su obra más reciente es una antología de su poesía entre 1982 y 2007, *Las estrellas para quien las trabaja* (2007).

JUAN CARLOS MESTRE
leyó sus textos en Almendralejo
el 1 de abril de 2008

1. Luis Alberto de Cuenca. 2. Lorenzo Silva. 3. Laura Freixas. 4. Felipe Benítez Reyes. 5. Unai Elorriaga. 6. Julia Barella. 7. Ignacio Martínez de Pisón. 8. Aurora Luque. 9. Cristina Cerrada. 10. Juan Carlos Mestre.



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

10

aeeex asociación de escritores extremeños

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Cultura